



## El Rosario – la oración predilecta de María

24

*“La indiferencia hacia los misterios de la vida futura y el apego a los bienes materiales se curan meditando y contemplando los misterios de la gloria de Cristo, de María y de los Santos.”*

—León XIII

### Nos equivocamos

Sucedió en Francia, durante la Segunda Guerra Mundial, cuando los judíos eran perseguidos tenazmente para enviarlos a los campos de concentración.

Una joven judía que amaba tiernamente a la Virgen Santísima, abrazó la religión católica. Practicaba de un modo especial la devoción del Rosario. Una vez le pidió a su mamá tener siempre en su bolso un rosario. La mamá, renuente al principio, al fin consintió a este deseo de su hija.

La persecución se tornaba cada vez más violenta. La joven y su familia cambiaron de nombre y también de domicilio. De pronto, un día, dos miembros de la Gestapo llegaron a su casa para cumplir una pesquisa. Uno de ellos abrió el armario y tomó el bolso de la señora. Lo abrió y encontró el rosario. Tomándolo entre sus dedos lo miró y le dijo a su camarada con cierto estupor: “Nos equivocamos. Ciertamente ésta no es la casa.” Y sin más, los dos hombres se marcharon de ahí.

Durante el proceso de beatificación de Santa Teresa de Jesús, una religiosa atestiguó bajo juramento: “Acostumbraba esta santa mujer rezar el Rosario desde muy niña; lo rezó hasta los últimos días de su vida. Y como testigo y persona presente, puedo asegurar que aunque sufriera muy graves enfermedades y tuviera muchísimas ocupaciones, jamás dejaba un día sin rezarlo. Muchas veces tuvo que rezarlo hacia las 12 de la noche o la una de la madrugada, pero jamás se iba a dormir sin haberlo rezado antes.”

*“Y ésta es la confianza que tenemos en él: que todo lo que le pidamos según su voluntad, él nos lo dará.”*

(1 Juan 5,14)

### Un joven Inquieto (II)

A pesar de ser bastante joven, Domingo de Helion se consideraba ya acabado, sin fuerzas para seguir viviendo, sintiéndose al final de su vida. Pero en la Cartuja de Tréveris la Providencia le hizo encontrarse con un extraordinario y valiosísimo prior, Adolfo de Essen, un alemán, que inmediatamente se percató de la valía interior de aquel muchacho atolondrado y que tanto había sufrido ya en la vida. En efecto, el novicio estaba tan acabado que se sentía incapaz de hacer la meditación. Ni siquiera de rezar con sentido una sola Avemaría.

Su maestro y guía solía rezar una especie de Rosario. No era nuestro actual Rosario: no tenía ni Credo ni Gloria, ni las Avemarías tenían aún una segunda parte de súplica, ni había misterios, etc. simplemente la repetición de las cincuenta Avemarías. Pero el prior había escrito incluso un librito sobre esta devoción, que había dedicado a una buena amiga suya que estaba pasando por un momento muy difícil de su vida, Margarita de Baviera. Adolfo, pensando ayudar al joven cartujo, le entregó el texto, advirtiéndole que nadie que, repitiendo cada día las cincuenta Avemarías, al cabo de un año no haya podido cambiar completamente su vida.

Así pues Domingo empezó con la práctica que su buen padre y consejero le había recomendado. Al poco tiempo, sin embargo, empezó a cansarse, pues le resultaba inútil y bastante aburrido. Pero logró encontrar el modo de convertir esta dificultad en una gracia, como suele suceder con los genios. En aquella época precisamente el prior Adolfo escribía otro librito de meditaciones sobre la vida de Cristo. Le entregó a Domingo su nueva obra, y ahí tenemos a nuestro novicio con un libro en cada mano y un montón de resistencia a la plegaria del corazón.

¿Y qué se le ocurrió hacer? Una síntesis providencial, juntando la repetición de las Avemarías con la meditación de la vida de Cristo, de forma originalísima. En efecto, al final de cada Avemaría, al llegar a la palabra Jesús, fue añadiendo una a una breves cláusulas meditativas correspondientes a los diversos momentos de la vida de Cristo. Un ejemplo:

Dios te salve, María. Llena eres de gracia. El Señor es contigo. Bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es fruto de tu vientre, JESÚS, al que por el anuncio del ángel concebiste del Espíritu Santo. Amén.

Luego, a cada una de las siguientes Avemarías iba añadiendo otras cláusulas distintas, desde la concepción hasta la muerte y resurrección del Señor. Y así hasta cincuenta, de modo que de pronto el Rosario empezó a tener un contenido meditativo variadísimo y riquísimo, guardando sin embargo una misma estructura repetitiva fija. Se ponía a rezar con toda calma cada Avemaría, susurrando luego cada cláusula, guardando un instante de silencio para saborear la escena evangélica evocada. Luego pasaba a la siguiente y así, hasta terminar todo su recorrido espiritual. El rezo de su Rosario podía llevarle cuando menos una hora, porque era un verdadero ejercicio de meditación.

Aquella meditación hecha junto a María le dio una increíble capacidad de profundización en los misterios de Cristo y trajo al alma de aquel agitado novicio una nueva y bellísima paz de espíritu. El alma de Domingo empezó a sentirse cerca de Dios y una nueva felicidad lo colmó. Por fin y después de una larga lucha había encontrado en la oración un gran consuelo.

(Tomado de El Camino del Rosario.)

Cristo es el Maestro por excelencia, el revelador y la revelación. No se trata sólo de comprender las cosas que Él ha enseñado, sino de «comprenderlo a Él». Pero en esto, ¿qué maestra más experta que María? Si en el ámbito divino el Espíritu es el Maestro interior que nos lleva a la plena verdad de Cristo (cf. Jn 14,26; 15,26; 16,13), entre las criaturas nadie mejor que ella conoce a Cristo, nadie como su Madre puede introducirnos en un conocimiento profundo de su misterio. (*Rosarium Virginis Mariae*, n°13)